

CAPITULO XVII.

EL TAVOR Ó EL DON DE PROFECÍA.

Liduvina había predicho con mucha anticipación el incendio de Squidam.—Salva de la desesperación á una esposa desgraciada.—Avisa á un pecador que no le quedan mas que tres dias de vida.—Hace á otro pecador terribles revelaciones.—Impide á un piadoso armador el partir con sus compañeros de mar, y le salva así de los piratas.

MAS sigamos adelante, pues aun nos esperan otros prodigios y junto con el don de los milagros vamos á admirar el don de profecía, aunque también en el particular nos limitaremos á algunos hechos principales.

Ya hemos hablado, anticipando los años, del incendio que desoló á Squidam en el de 1428, precisamente en la época en que nos encontramos de la vida de nuestra virgen. Liduvina había predicho este incendio, y muchas veces había repetido estas proféticas y lúgubres palabras: "La ira de Dios está sobre Squidam! Ay de mí! añadía entonces, la iniquidad de este pueblo es grande, y el castigo ya se acerca: Dios se dispone á herir y he aquí que va á venir el incendio!" Ya sabemos lo demás; pero aun no hemos dicho que su espíritu profético era tan firme, que llegaba hasta tomar medidas de caridad contra la catástrofe que anunciaba. "Vos teneis guardadas muchas tablas? le preguntó á un rico habitante de Squidam, á quien había llamado. Pues bien! yo quiero esas tablas, enviádmelas, y en el acto mandaré hacer un almacén en donde se recogerá el día del incendio lo que nuestros desgra-

ciados conciudadanos podrán salvar de sus habitaciones incendiadas." Si otra persona hubiera dicho esto y manifestado su proyecto, aquel sujeto le habría alzado las espaldas ó gritado, locura! mas siendo Liduvina la que hablaba, no podían menos de obedecerla, y Dios sabe cuantos desgraciados bendijeron su preciosa caridad!

Otro hecho referirémos. Una mujer venía varias veces á hacer á nuestra compasiva virgen la confianza de sus trabajos; la pobre era en verdad muy desgraciada, pues había unido su existencia al ser más brutal que pueda imaginarse. Todos temblaban delante de él: los criados más resueltos huían muy pronto y no volvían mas; pero su esposa no podía huir, y no obstante, era la principal víctima, para la cual reservaba aquel monstruo las injurias más punzantes y los más crueles tratamientos!

Liduvina la consolaba y la alentaba: "sobre todo, le decía, que vuestra inalterable dulzura sea vuestra única resistencia! Con la dulzura y la resignación se aligera admirablemente el peso de los males!" Mas ay! los dias se sucedían unos á otros sin traer otro cambio en la situación de esta infortunada, que un aumento de dolores con el aumento de las injurias y de los más bárbaros tratamientos. En fin, la desesperación descendió á la pobre mujer, y un dia que la desolación llegaba á su colmo acordóse del río. "Ah! sí, exclamó derritiéndose en lágrimas; sí, para mí que no puedo ni quiero vivir, ve allí el sepulcro que me conviene! Y saliendo de su casa tomó un sendero que llevaba al Musa.

Dios es muy bueno, y su bondad no nos falta jamás, pues siempre y sobre todo, le encontraremos al borde del abismo revelándose á nosotros lleno de ter-

nura, hablándonos y tendiéndonos amorosamente la mano para salvarnos. Y esto fué lo que acacé á la pobre desesperada, pues al ir corriendo como loca perdida, un pensamiento atravesó repentinamente su espíritu. "Y Liduvina?" exclamó deteniéndose repentinamente. "Ah! qué ingrata soy! ya iba á olvidar á la que siempre ha sido para mí tan buena, y que tantas veces ha enjugado mis lágrimas y me ha hecho tanto bien! Nó; no debo dejarla así, antes debo decirle adios; quiero volverla á ver. . . . y después iré á morir!"

Un instante después tocaba á la puerta de la santa. "Id, pronto á abrir, les dijo á sus padres, como si hubiese sabido quien tocaba! Id, os digo, que es una pobre mujer cuyo corazón está cruelmente torturado!" Era ella: con el semblante trastornado, y los ojos tan espantosos que causaban temor. De un salto atraviesa el umbral, se precipita hácia el lecho, y cayendo de rodillas, con las manos juntas, jadeante, y sin decir una palabra, se puso á mirar á la virgen. "Pues qué tenéis hermana mia?" le preguntó Liduvina. La desgraciada no respondió nada, "¿vuestro esposo no se ha hecho más tratable?"—Mi esposo habeis dicho? Mi esposo? continuó entonces con horrorosa voz, él! mi esposo! hecho más tratable? Liduvina, este hombre antes era sólo un lobo, pero ahora ya es un tigre!—Entonces, mi pobre hermana es necesario más que antes, reunir toda vuestra fé, todo vuestro valor y fortaleza y con santa resignación volver. . . —Ah! volver! cerca de él no es eso? volver hacia ese hombre? Jamás, nó, nó, jamás! Ya veis Liduvina, cuán largo tiempo he seguido vuestros consejos y sostenida por vos muchos años he tenido paciencia, sus reproches y sus golpes, sus insultos y sus crueldades, todo lo he devorado! Mas hay, ya no tengo ni valor, ni fuerza, ni paciencia, ya

nada quiero ni nada puedo, la medida está colmada! Cuando un vaso está muy lleno se rompe! Yo no quiero ya la vida, no quiero mas á ese hombre. Dentro de un instante habré concluido con él y con mi vida! Oh buena Liduvina! no he venido mas que á decirlos adios!"

Todos lloraban, mas sobre todo Liduvina estaba muy conmovida al ver la desesperación de esta mujer que se retorcia arrodillada á sus pies; "oh nó, amada hermana, le dijo la santa, ya os lo he dicho muchas veces, no debeis faltar á la confianza, y vuestro esposo cambiará."—Es imposible Liduvina ya lo veis! ¿no he orado yo, ó mas bien, no habeis orado tanto vos por él? y qué hemos conseguido!—Dios es muy bueno, hermana mia, y nuestra ciega impaciencia nos hace injustos, pues á veces desesperamos en el instante que el cielo iba á escucharnos.—Oh! dulce Liduvina si yo pudiese siquiera esperarlo!—Pues bien! replicó la santa con autoridad, yo quiero que no sólo lo espereis sino que tengais entera seguridad de ello. En el nombre de Dios bueno y todopoderoso os lo digo, hermana mia, vuestro esposo, de hoy en adelante ya no será el mismo, su indigna conducta va á cesar desde ahora, y tendreis paz y volvereis á encontrar la dicha perdida. Esas pocas palabras fueron de un efecto prodigioso.

Liduvina, dijo la feliz mujer, vos sois un ángel del Señor! Sí, yo espero, creo y estoy ya segura! Sí, yo os lo debo todo, mi felicidad aquí en el mundo y mi salvación en la eternidad! Iré á donde me envais y no espero mas que vuestra bendición que imploro de rodillas. . . Pocos instantes después entraba en su casa la que había salido de allí desesperada.

Mas que había pasado éntretanto? porque Liduvina había profetizado la verdad. Aquel hombre tan cruel y tan violento, no lo era ya. El tigre en un momento

se había trocado en el más dulce cordero, y era de ex-
tasiarse al ver este cambio inaudito, y la nueva y ad-
mirable vida que desde entonces nunca se desmintió.
Los sirvientes, los hijos, y sobre todo, la esposa, todos
bendecían al Señor, pues en vez del infierno ya vivían
en el cielo!

Así se manifestaba en nuestra santa con mucha fre-
cuencia el espíritu profético con que Dios quería hon-
rarla, siempre con gran consuelo de las almas que re-
currían á ella. Una vez animaba de una manera ad-
mirable á un pobre religioso casi desesperado; otra
vez, enviaba tranquila á una madre que había venido
llena de espanto á recomendarle á su hijo, joven mi-
litar á quien nadie podía disuadir de batirse en duelo
con otro soldado: y podríamos citar otros muchos ejem-
plos. Mas á veces también se servía de ese espíritu
profético para hacer advertencias terribles á los peca-
dores.

Cierto hombre de calidad vino á visitarla una ma-
ñana, y después de unos instantes de conversación, al
despedirse le dijo que iba á comulgar. "Vos? replicó
la santa vivamente.—Sí, yo.—Pues bien! os lo prohibo.
—Pero Liduvina, ¿por qué no he de comulgar, acaso
no estoy preparado?—Nó, ya os digo que no quiero
que comulgueis!—Mas en fin, pues que me espanta
vuestra prohibición, á lo menos decidme en qué os fun-
dais?—Cómo! dijo la virgen con santa indignación:
qué, nada os dice la conciencia? Ayer, y antier en tal
casa. Pues qué habeis hecho? Y hoy, sin arrepenti-
miento, sin enmienda, con el corazón manchado, des-
graciado! hablais de ir á uniros al Santo de los santos?
El culpable quedó como petrificado. "Además, añadió
la santa, con autoridad fulminante: la justicia de Dios
ya está cansada, id preparando vuestra conciencia

para rendir cuentas, y apresuraos á hacerlo, porque
dentro de tres dias moriréis!" Esta vez el pecador que-
dó anonadado, porque esa sentencia, para quien mira-
ba á la virgen como una santa favorecida con revela-
ciones del cielo, era una sentencia infalible. Oh! ex-
clamó aquel hombre temblando, os conjuro Liduvina
á que oreis, intercedais y pongais por obra todo el
crédito de que gozais cerca de Dios, para que tan ho-
rrosa sentencia se aparte de mí!—Imposible, dijo la
santa, pues es una sentencia irrevocable!—Pues bien
Liduvina, añadió llorando el desgraciado pecador, á
lo menos tened compasión de mi alma, y ayudadme á
salvarla y á bien morir con vuestras oraciones.

La virgen se lo prometió y el individuo se retiró.
Mas al tercer dia volvió á la casa alegre y bien puesto.
"Y bien, dijo con aire de triunfo, yo debía según de-
cíais, morir el dia de hoy, y me siento perfectamente
bien, he aquí que el dia llega á su término, y lo cierto es
que yo me siento tan bien como nunca."—"No os fieis
de ello, respondió Liduvina, pues nada importa el te-
ner buena salud, hoy mismo y á tal hora moriréis." El
mismo dia y á la hora indicada, le sobrevino á
aquel un accidente por el cual perdió la vida!

Otra vez, llamó á uno de los principales personajes
de Squidam, á quien todos conocían como un espíritu
burlesco é intratable. sobre todo, con respecto al estado
sobrenatural de la virgen, que no dejaba de burlar; y
no obstante la visitaba algunas veces y aun había sido
más de una, testigo de los milagros que obraba, y par-
ticularmente del de la Hostia milagrosa de que hemo
hablado, y el que había visto tan bien como otras per-
sonas, y se había conmovido un instante, pero muy
pronto la duda, las prevenciones ú otros secretos mo-
tivos le habían vuelto á sus burlas habituales.

A pesar de esto, ó mas bien, por razón de esas mismas asmoestas disposiciones, Liduvina le amaba y tenía por su alma la más viva solicitud, sin inquietarse porque creyesen ó nó, en su estado milagroso, con tal que creyesen en el poder, en la bondad y en la justicia de Dios y que se aplicasen á servirle y amarle.

Pues un día le había llamado para hablarle de algunos intereses de conciencia: mas esta vez acudió con excesiva repugnancia, porque sabía que la santa tenía hacía algún tiempo dos llagas pestilenciales; y aunque no ignorase que todos visitaban á la admirable mártir, el no podía librarse de cierto horror secreto. Así se le presentó como un hombre infinitamente violento, y con un modo que significaba, qué tenéis que decirme? despachad presto! llevaba además la boca y la nariz como herméticamente cerradas con un pañuelo. No tengais temor, le dijo dulcemente la virgen al mirarlo. Ni vos ni nadie teneis nada que temer de mi mal que no es contagioso, porque no es en mí mas que la obra de Dios, y no de los elementos viciados. Mas él se puso á mover la cabeza de manera que demostraba que no se fiaba de ningún modo. Después volviendo á su caracter le dijo con un tono sardónico: "Eh! es cierto Liduvina yo he hecho mal en alarmarme, y si quiere el cielo que viva bastante para ver vuestro fin, es cierto que viviré largo tiempo! A esas palabras el espíritu de Dios iluminó repentinamente á la santa: "Mi fin? dijo Liduvina, vos hablais de ver mi fin? Pues bien! nó, no lo habeis de ver, antes yo seré quien mire el vuestro, y Dios quiere que os declare que vuestro fin no está distante! Dentro de algunos días morireis! y os conjuro á nombre de vuestra alma que os debe ser querida sobre todo, que pongais en orden vuestra conciencia; desde el día de hoy poneos en el estado en

que todo hombre racional querría estar cuando la muerte venga á presentarle al juicio de Dios, porque os lo repito, vuestro fin está próximo!"

Tal lenguaje hubiera espantado á cualquier pecador, más éste no solo quedó impassible, sino que levantó insolente la cabeza, injurió á la santa con sus burlas más mordaces, y tratándola de visionaria y de estravagante, y riyendo á carcajadas se marchó. Mas hay! Dios había hablado por la boca de Liduvina; y algunos dias después, el orgulloso pecador tendido en la cama por una enfermedad repentina, hizo memoria de aquello, y lleno de terror envió á pedir á la dulce crucificada un humilde perdón de todas sus sacrílegas burlas, y á suplicarle al mismo tiempo le concediese en su aflicción el auxilio de sus poderosas oraciones. La santa consintió en todo; mas encargó de su parte á un mensajero digno de confianza, que fuese á decirle cómo no tenía tiempo que perder, pues su hora iba pronto á sonar; que era necesario ante todo hacer una humilde confesión y restituir los bienes mal adquiridos que poseía. A esta última palabra, como si se le hubiera lastimado una llaga viva, ó revelado el secreto vergonzoso de su pasada incredulidad, el pecador entró en una ira violenta. "Yo, dijo, revolcándose en el lecho, y con un acento que bastaba para acusarle, yo, restituir! despojarme de mis riquezas! Nó, yo no tengo nada que restituir! y os digo que esta mujer me calumnia! Id, lo oís? id y decidle que mis manos son puras de bienes agenos, y que no hay en mi fortuna un escudo que no sea mio!"

Entonces la virgen, espantada de tal endurecimiento le envió á decir estas palabras: "Por vuestra salvación voy á deciros lo que pretendéis ignorar, teneis tal finca, en tal parte, que no es vuestra! teneis tal

cantidad de dinero oculta, en tal lugar de vuestra casa, que no os pertenece; y os repito, apresuraos á restituir, porque todo eso injustamente retenido, os ha de quemar por toda la eternidad!»

Mas, oh lamentable efecto de las pasiones! El alma que se abandona, se irrita con la verdad, ciégase más y más á despecho de las más vivas claridades que recibe, como los ojos enfermos que no ven con la gran luz del sol! Las últimas palabras de Liduvina, esa indicación de los bienes injustamente adquiridos, precisa, circunstanciada y exacta en todos sus detalles, como se reconoció más tarde, ésta revelación milagrosa, humanamente imposible á la virgen, todo debía invenciblemente convertir á aquel pecador; mas no fué así; antes volviéndose más que nunca y con una especie de rabia al amor insensato de sus riquezas, se quejó como de una persecución, y no queriendo oír más, al fin murió en su endurecimiento.

No terminemos este capítulo sin referir otro hecho, notable entre todos, un hecho mas general y público, y por lo mismo más positivo.

Una armada considerable de navíos mercantiles iba á hacerse á la vela para el mar Báltico. No faltaba mas que fijar el dia de la partida, el cual se determinó al fin en una asamblea general. Mas cosa extraña! sin ningún especial motivo fijóse la elección precisamente en un dia de fiesta solemne; todos la aprobaron menos uno, aunque en vano, pues la decisión estaba ya fijada y esto lo puso en una cruel ansiedad. Por una parte, sufría, sintiéndose martirizado en su conciencia de fiel cristiano; por otra parte, qué podría hacer? Debería y podría acaso aislarse? No le era permitido, por razón de los peligros del aislamiento. ¿Podría sujetarse á una decisión que sólo la necesidad le imponía? En su

perplejidad pensó en acudir á Liduvina, «yo la consultaré» se dijo, porque tenía gran veneración por la santa y jamás emprendía ningún viaje largo, sin recomendarse á sus oraciones: envióle, pues, un sirviente á consultarla: «Decid á vuestro amo, respondió la santa, que no se embarque sin venir él mismo como acostumbra, á despedirse de mí.» El piadoso armador fué pues á la casa de la virgen. «Hermano mio, le dijo, tengo que pedir os una gracia, mas óidlo bien: no quiero que me la negueis.» Qué és lo que deseáis hermana mia?—Lo que deseo, ó mas bien lo que quiero, és que no os vayais en el dia señalado: nó, no os vayais en ese dia! no lo quiero, os digo: yo sé bien el por qué, y vos también más tarde lo sabréis.—Mas Liduvina, haré mal si parto? La necesidad en que estoy, y la gravedad de los intereses que comprometo no partiendo ese dia, todos esos motivos no pondrán en seguridad mi conciencia?—Que la pongan en seguridad ó nó, hermano mio, no lo examino en esta hora; sólo os digo y repito, que no os embarqueis; yo no quiero que os pongais en el mar en el dia indicado:—Mas en fin, Liduvina lo que exigís es muy extraño! Quereis, pues, que me exponga yo absolutamente sólo á los riesgos de una larga y peligrosa navegacion, y esto precisamente cuando puedo tener numerosos y valientes compañeros de viage.—Y bien! sí, hermano mio, esto es lo que exijo!

Que se vayan si quieren vuestros valientes compañeros de mar! vos partireis sin ellos; y no ireis sólo, pues que Dios estará con vos, Dios conducirá vuestro navío, y velará por vos, y os traerá al puerto sano y salvo.

El armador no insistió más: había en la voz de la virgen tal acento de terror profético, que se sintió sub-

yugado á pesar suyo, y su resolución fué desde entonces irrevocable. Instancias, súplicas, burlas para decirle á partir el día señalado, nada faltó; mas á todo supo resistir. El día de la partida estuvo presente: mas estaba tranquilo! las velas se inflan con el viento: los navíos como corceles listos bajo la mano que los dominase balanceaban graciosamente en sus calabotes, impacientes de lanzarse. Al choque de las cuerdas, al movimiento de las olas se mezclaban las voces de los pasajeros. Marineros, soldados, mercaderes, todos iban y venían, se hablaban unos con otros, todo era movimiento, gritos y transportes: parecía como una locura indescriptible. El armador estaba allí en la playa, viéndolo todo! Allí le llegaban amargas burlas, sobre los piadosos terrores que sentía por las palabras de una mujer. Pero nada le conmovió: solamente cuando se dió lo señal de la partida, cuando toda la flota al ruido de una inmensa aclamación se lanzó libre, ligera y llena de majestad, sintió quebrantársele su corazón, y gruesas lágrimas surearon sus mejillas. Era tan seductor ese mar que á lo lejos brillaba como un vasto depósito, y del cual cada ola que el viento levantaba, parecía un montón de diamantes! era tan hermosa sobre todo, esta embarcación que partía sin él, tan graciosa, con sus innumerables mástiles empabellonados, con sus marineros gozosos y sus hábiles y valientes capitanes! En efecto, la navegación era magnífica, los navíos parecían deslizarse sobre las olas, la tierra desapareció en un abrir y cerrar de ojos; así navegaron todo el día, con aquel hermoso tiempo, y bajo tan dichosos auspicios que sobrecitaban los corazones. Es cierto que por la tarde, ya desde lo alto de los mástiles se dejaban ver en la inmensidad del espacio algunos puntos negros. . . . Mas qué podían ser? Después

de todo, nada tenían que temer? ¿no tenían en su favor la fuerza y el número? Repentinamente los vi-
gías arrojan un grito terrible! A las armas! los piratas! ved allí los piratas! á las armas! Y todos se precipitan: los soldados á su puesto y los marineros á la maniobra. Mas ya los piratas estaban allí! La batalla fué horrosa: con el hacha en la mano y el puñal en los dientes, aquellos horrorosos piratas saltaban al abordaje con un furor de demonios; más de una hora en medio de las olas del Océano trabóse una atroz guerra, una lucha sin nombre, de hombres, de naves, de gritos de rabia, de heridos y cadáveres! En fin un hurra! prolongado é inmenso resonó sobre el abismo! Era el canto del triunfo de los piratas: la flota había sucumbido! hombres, navíos y todo lo que no había perecido bajo el hierro de la batalla ó en medio de las olas, era conquista y presa del vencedor!

La mañana siguiente, no sabiendo nada de esto y siempre triste por su aislamiento, el armador á quien había detenido Liduvina, se hacía también á la vela; mas cual no fué su espanto cuando supo la horrible catástrofe, cuando encontró las huellas, chocando en su camino con un cadáver ó un trozo de buque.

Su confianza desde entonces no conoció ya límites: Tempestades ni piratas nada le inquietó! antes hizo el viaje más dichoso, y su nave estaba cargada de riquezas cuando volvió al puerto.

Quando hacemos el bien ó el mal, sin quererlo profetizamos en cierto modo nuestra vida ó nuestra muerte, nuestra felicidad ó nuestra desgracia, ya sea en este mundo ya sea en la eternidad.